



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

RAMÓN ABENSIO MÁS

La sorpresa.

PABLO M. TORRES

¡Torol...!

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

FERNANDO AMADO

Las zapatillas.

MANUEL LASSA

¡Vade retro!

CLEMENTE DE CASTRO

¡Primavera!...

FÉLIX BÉCIO

Nuestras cocotas.

JACINTO CARMÍN

La mujer de Putifar.

TOVAR, DEMETRIO, URDA,

ESTEVANILLO, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Pepita Sevilla, Conchita Ortiz, La boda de los Yezar y otros dibujos.



5 cénts.

PEPITA SEVILLA

Que con muchos laureles y muchas pesetas, y más bonita que se fué, de regreso de América, ha reaparecido en el Teatro Romea.



PRIMER ANIVERSARIO

Á nuestras lectoras.

Ya cumplió LA HOJA DE PARRA su primer año de vida, y en él hizo su fortuna, perra chica á perra chica.

No es que sea millonaria la Empresa de esta Revista, porque nadie se enriquece con tan viles *perreras*.

Es que los que le auguraron una existencia mezquina, la erraron de medio á medio, porque no ha sido tan mísera.

Perro chico á perro chico se ha hecho próspera esta «hija de perra», como yo dije cuando era recién nacida.

Porque ella ha sido el heraldo de la afición «sicaláptica», y en esos verdes terrenos marcha firme y decidida.

No le han hecho grande mella los «cólogos» que la imitan, ni los tenderos de enfrente en nada la perjudican.

Porque hay perras para todos; pero la mayor jauría va de caza por los cotos cerrados de esta Revista.

No hay conejo que se escape de su escopeta mortífera, ni corral en que ella no haga presa en jóvenes gallinas.

En el transcurso de un año nunca erró la puntería, que estos bravos cazadores saben bien lo que se tiran.

Las estrellas coletudas del redondel y las divas de *varietés*, nos contaron mil historias sabrosísimas.

Y al decir sus pecadillos ante estos curas de misa y olla, nos enrojecieron de pudor ambas mejillas.

No fué mal confesionario para toreros y artistas éste de LA HOJA DE PARRA, tan ascética y tan mística.

Después de ellos las *cocotas* refirieron sus *caldas*, y esas dulces confesiones son más bellas todavía.

¡Qué malos somos los hombres con la mujer, hijas mías, y que jugadas tan perras les hacemos á las *primas*!

Sí, señor; los *machos* somos «péridos como la ondina», y nos «caneamos» siempre de las hembras pobrecillas.

Por eso LA HOJA DE PARRA tuvo tan próspera vida, porque los gestos y gestas del hombre ridiculiza.

Por eso, en fin, las mujeres han protegido á esta «hija de perra», haciendo que medre perra chica á perra chica.

Seguidnos favoreciendo siempre, lectoras queridas, ya que sólo por vosotras se nos alarga la vida.

Que nunca se nos afloje la bolsa se necesita, para que LA HOJA DE PARRA de vosotras sea digna.

Salud, lectoras amables; ¡que os dé el Señor una dicha muy larga, para que os llene por completo la medida!

Carlos Miranda.

CUENTOS INOCENTES

LA SORPRESA



A era mucho moler aquello!... Todas las mañanas, á la misma hora, llegaba de la habitación contigua, al través del tabique, el mismo confuso rumor de besuqueo, de risas contenidas y de suspiros apagados... Luego, como epílogo inevitable que al buen Pérez le crispaba los nervios y le hacía esconder la cabeza bajo las sábanas, resonaba durante largo rato el crujido metálico y leve de algo que se debía parecer mucho á los muelles de un *sommier* ó de una *chaise-longe*.

¡Caracoles con los vecinos de hospedaje! ¿No tendrían hora más á propósito para entregarse á sus intimidades amorosas? ¿No era más lógico y menos alarmante quererse por la noche que no á las once de la mañana, cuando todos los habitantes del hotel estaban despiertos y la mayor parte levantados? En estas ó parecidas reflexiones sumíase Pérez mientras aguardaba el regreso de su esposa, que, más madrugadora y decidida que su marido, abandonaba temprano el lecho conyugal para tomar el baño en la playa. Tardaba en regresar aún lo menos media hora y, entre tanto, en la habitación inmediata, resonaba un continuo ir y venir de pasos, rumor de armarios que se abrían, de frascos que se deslizaban sobre el mármol del tocador y el sordo borboteo del agua en el lavabo. Luego, una vez terminada la *toilette*, la pareja salía, por lo visto, puesto que se escuchaba el crujido de la puerta al cerrarse y la habitación quedaba sumida en el mayor silencio.

Minutos más tarde, invariablemente, entraba Josefina en el dormitorio. Venía del baño, húmedos los cabellos, brillantes los ojos, polpitante el seno estatuario y arrebolado el rostro, que tenía toda la belleza clásica de una Venus del paganismo. Sonriente, gozosa, acercábase á su marido para decirle:

—Pero ¿no te da vergüenza? ¿Tienes valor para estar en la cama con este tiempo tan espléndido?

Pérez, entre enamorado y deseoso, la tendía los brazos suplicante.

—¡Escucha!... ¡Ven!...

Pero ella, hurtando el cuerpo con agilidad,

corría hacia un extremo de la habitación riendo alegremente.

—Sí, ahora... ¡En seguida!... ¡Como no, morrenal!...

Resignábase Pérez y comenzaba á vestirse con lentitud. Josefina, entre tanto, apoyadas sus gallardías en el cuico del mirador, con-



—Usted es de confianza; cúbrase, Pepito.

—Señora... no puede ser...

—Vaya, no venga usted con cumplidos. O se cubre usted ó le cubro yo.

templaba con los ojos medio cerrados el soberbio panorama del mar, cuyas olas corrían á estrellarse contra las peñas de la playa envolviéndolas en ramalazos de espuma.

II

No quiso Pérez alarmar el pudor ni ofender el recato de su esposa, que era, según voz general, una virtud inaccesible, y se abstuvo de referirla nada de cuanto ocurría en

el cuarto inmediato; pero no pudo reprimir el deseo de revelárselo á sus compañeros de tresillo, y aquella misma tarde, apenas comenzó la partida, puso la cuestión sobre el tapete, relatando la aventura con todo lujo de pormenores. El asombro fué general.

—¡Canastos!...

—¡Puñales!...

—¡Pues vaya un desahogol

Era preciso averiguar quiénes ocupaban la habitación, y á ello se lanzaron los tresillistas creyendo que se trataría de alguna



—Guardia, ¡voy bien para la maternidad?

—¡Que si va usted bien!.. ¡¡Retofio!!

parejita de recién casados; pero, con gran asombro, supieron que el cuarto número catorce lo ocupaba un señor solo, á quien nadie conocía, y que no utilizaba el hotel más que para dormir.

—¡Lo, lo!...—exclamó el más bromista de los cuatro.

¡Demonio! Aquello espoleaba más aún su curiosidad. ¿Quién sería la Eva que endulzaba las soledades del misterioso huésped? Los camareros juraban y perjuran que el señor venía sólo todas las noches y que además no iba nadie á visitarle.

—Señores—dijo de pronto el que perdía todas las tardes—la lógica no tiene réplica.

¡Discurramos con lógica!

—Discurramos—le contestaron los demás.

—Si ese hombre viene por las noches solo y amanece acompañado, es indudable que la Eva de este cuento se halla hospedada en el hotel.

¡Horror!... ¡La afirmación cayó como una bomba!... Nadie se atrevía á dudar de la honorabilidad de los huéspedes, personas conocidas en su mayor parte, ni de la virtud de la servilumbre femenina, constituida por tres ó cuatro doncellas que, de puro feas, eran otros tantos cáusticos contra la lujuria. No obstante, á pesar de que las razones expuestas por el partidario de la lógica eran punto menos que irrefutables, la discusión se enzarzó en términos tan vivos que hubiera terminado á puñetazos de no ser por Pérez que, dándose una palmada en la frente y levantándose de pronto, exclamó con aire triunfal:

—¡Ya tengo la solución!

Y en voz baja, con todo género de reservas, les explicó el proyecto que había concebido para descubrir á la culpable.

No podía ser más sencillo: el cuarto de Pérez estaba separado del otro por un tabique en cuyo centro existía una puerta condenada; todo era cuestión de abrir un agujero en la puerta con un taladro, aplicar un ojo y convencerse.

—¡Sublime!...

—¡Colosal!...

—¡Estupendo!...

Se aprobó en el acto la idea, con la salvedad de abrir cuatro agujeros en lugar de uno, puesto que iban á ser cuatro los observadores, y se levantó la sesión, jurando todos guardar la más impenetrable reserva para que nadie, ni aun la propia esposa de Pérez se enterase de lo que se tramaba.

Y dicho y hecho. Aquella tarde, con el mayor sigilo, quedaron los agujeros abiertos y el observatorio preparado para el día siguiente.

III

Acababan de sonar las nueve en los relojes del hotel cuando Josefina, sencilla y elegantemente ataviada, se despidió de su marido con un beso, según costumbre, y salió en busca de las amigas con quienes á diario tomaba su baño matinal. Aguardó Pérez algunos momentos aún, y sacando del lecho y vistiéndose en un abrir y cerrar de ojos, corrió al encuentro de los conjurados que ya le aguardaban impacientes.

—¡Vamos?

—Cuando ustedes gusten.

—Pues duro y á los agujeros.



—¡Por Dios, Julita, que larga llevas la tabla del vestido!

—¡Ay, hijita! A mí la cola me gusta muy larga!

De puntillas cruzaron el pasillo y entraron en el dormitorio de Pérez. Una vez allí y encerrados con llave, celebraron rápido consorcio.

—¡Mucha discreción!...

—¡Mucho sigilo!...

—¡Veamos lo que veamos, punto en boca!

Todo estaba en el mayor silencio y durante largo rato sólo turbó la paz del dormitorio el sordo bramido de las olas que se estrellaban en la playa. Los cuatro amigos empezaban á impacientarse, cuando, de pronto, se oyó en la habitación inmediata el rumor de una puerta que se abría sigilosamente. Estremecióse Pérez, y murmuró:

—Ya está ahí la pájara.

Y como si esta fuese la señal convenida, los cuatro se lanzaron al observatorio.

El balcón del número 14 debía estar cerrado, quizá de intento para precaverse contra cualquier sorpresa, y era tan difícil distinguir los objetos en aquella semioscuridad, que los curiosos no pudieron contener un movimiento de impaciencia y un gesto de decepción. El partidario de la lógica, sobre todo, exclamó dando un resoplido:

—¡Qué lástima!

Sus compañeros, indignados, hicieronle

callar. Comenzaban á oírse los cuchicheos de costumbre y aquellas risitas de mujer, contenidas, nerviosas, que tanto alarmaban á Pérez. Poco después empezó el crujir de sedas y corchetes que se soltaban, el golpe seco y breve de unos zapatos que caían al suelo y más tarde el chirrido metálico de los muelles del *sommier* que, sin duda, en aquel momento recibía con gratitud el peso de un cuerpo femenino.

¡Maldita obscuridad!... Con la boca seca y el rostro pegado al agujero trataban en vano los tresillistas de averiguar lo que estaba pasando en la alcoba. A sus oídos llegaba un apigado rumor de besos y de suspiros tenues que indicaban que la amorosa batalla había empezado. Lentamente al principio y más acentuado después, se escuchaba el chirrido metálico de *marras*; sonó de pronto un grito de mujer ahogado, medroso, seguido de un rechinar de dientes que se prolongó durante algunos instantes... Y luego, nada; otra vez el silencio, interrumpido solamente por los bramidos lejanos del mar.

¡Se hablan divertido los curiosos! Decepcionados y mohinos iban apartándose de los agujeros y reuniéndose en silencio en el centro de la habitación. El de la lógica, resoplando como una fragua, fué quien rompió el silencio mientras secaba el sudor de la frente.

—¿Qué, ¿nos vamos?

No fué posible. Pérez, que permanecía pegado al agujero, lanzó una exclamación de alegría:

—¡Ahora!... ¡Ahora!...

Precipitadamente se agolparon todos para volver á mirar, y... ¡oh, satisfacción!, vieron



—¡Me acaban de asegurar que mi sobrino te hace el amor! ¿Qué contestas?

—¡Ay, hijo! ¿Que esa ya me la tenía yo tragada!

que en el 14 habían encendido la luz y que, á favor de sus rayos, se divisaba, medio desnuda y en el fondo de un lecho, la figura de una mujer esbelta, arrogantisima. Los cuatro, á un tiempo mismo, estuvieron á punto de desvanecerse; pero se mantuvieron firmes en sus puestos, abriendo cada cual el ojo respectivo para atisbar el rostro de la dama, lo cual no era difícil de conseguir si ella se dignaba volver la cabeza.

Por la habitación, en ropas menores, iba y venía un buen mozo, desenvuelto y more-



ESTEVANILLO

EL.—¿De modo que tu padre?..

ELLA.—Dice que nones.

EL.—¡Pues yo le aseguro que pares!

no, que abrió un armario, sacó una botella de Jerez, llenó dos copas y se acercó, bandeda en mano, al lecho donde su compañera reposaba; desperrezóse ella lindamente, se incorporó con lentitud, rodó con un brazo el cuello de su amigo, volvió el rostro para mirarle... y un grito aterrador, estridente, trágico, conmovió, con fragores de trueno, la alcoba de Pérez.

—¡Pañales!... ¡Mi mujer!...

Se le vió cerrar los ojos, abrir los brazos y caer de bruces sobre el santo suelo.

Cuando, pasadas más de dos horas, pudo recobrar el conocimiento, se halló Pérez rodeado de una porción de gente, casi toda ella desconocida, que le prodigaba los mayores cuidados y procuraba consolarle en su infortunio.

Josefina había desaparecido.
Y los tresillistas, también.

Ramón Asensio Más.



¡TORO!...

Nació Pedro en Barcelona
y se educó protestante,
casándose con Ramona,
una muchacha muy mona,
católica militante.

Se fueron á viajar,
cosa que ya es muy vulgar
entre los recién casados,
yéndose á Toro á gozar
de su dicha enamorados.

Como es esta la ocasión,
quizás única en la vida,
que el hombre con sumisión
da á su esposa la razón,
la tenga ó no merecida,

Pedro ofreció á su mujer,
accediendo á su demanda,
nunca más volver á ser
protestante, y sí creer
en lo que la Iglesia manda.

Y su palabra cumplió,
pues allí se confesó;
y hoy dice muy resignado,
que en Toro se convirtió
apenas se hubo casado.

Pablo M. Torres

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

EL MITIN DE LA MORAL LISA

HEMOS andado los pasados días muy indignados porque un semanario separatista de Barcelona ha cometido la grosería de ofender injustamente á Madrid en una caricatura que, queriendo ser agresiva, es sencillamente imbécil. Yo creo que no es para tanto.

¿Que esos señores que redactan el papel, motivo de tales indignaciones, han tomado á los madrileños por cosa distinta de lo que son? Pues dejémoslos que sigan tomando hasta que queden satisfechos y continúen nosotros dándoles ejemplo de que aquí no nos preocupamos por tales mentecateces.

Con ser eso relativa mente divertido, no lo ha sido tanto como el mitin celebrado por los jóvenes de la novena lisa, con objeto de protestar contra la blasfemia y la pornografía. Como el acto se celebraba por invitación, no pude presenciarlo; pero un diario de la noche nos ofreció la fotografía del aspecto del local en que se ha verificado y quedé gratamente sorprendido al reconocer entre los espectadores á la plana mayor de los concurrentes asiduos á la última sección del Trianón, del Madrileño y de Romea, y no por cierto de los que se limitan á oír, ver y

callar, sino de los que la arman todas las noches, diciéndoles frases poco parlamentarias á las artistas que no tienen la dicha de serles gratas.

De donde resulta que esos jóvenes que por la mañana van al mitin, á cogerse la moral con un papel de fumar, por las noches se sienten libidinosos y piden que la Chelito baile «la rumba», completamente á lo tropical y con todo el mayor movimiento de rotación que tan sugestiva danza requiere.



—¿Cómo me encuentra usted, doctor?

—La verdad, todas estas mañanas de primavera quisiera encontrarla á usted en la cama.

Porque es lo que ellos dicen: «Ese baile, para que esté en carácter, debe ejecutarse como, según la Pepita Sevilla le ha dicho al *Duende de la Colegiata*, la Chelito lo presentaba en la Habana «sólo con los zapatos puestos.» Esta revelación de Pepita Sevilla les ha dejado materialmente asombrados:

—Con zapatos—exclaman—¡qué inmoralidad! ¡¡Si siquiera fuese... sin ellos!!

La verdad es que nunca más injustificada que ahora una campaña contra la obscenidad y la impudicia.

¡Qué quedarán esos jóvenes mitineadores! Fuera en otra época y te daría explicación; pero actualmente la más abominable de las cosas sería invadir todos los templos de la sica-



Ella.—Ahora me dedico al Arte. Estoy en una fábrica de instrumentos de música.

El.—¿Y qué haces allí?

Ella.—Templar gaitas.

lipsis. De seguir así, antes de un mes los escenarios de los *cines* donde aún se cultiva el género infimo, quedarán convertidos en sucursales de los Centros de Defensa más o menos Social.

Antes, cuando una artista acudía á los reflectores en variantes de luz opaca, ya se sabía que era para que la desnudez resultase más picaresca y atrayente, como para que el espectador soñase con las penumbras de

una alcoba donde iba á palpar libremente la carne codiciada; pero de algún tiempo á esta parte, los tales cambiantes resultan monumentalmente camelos, y después de colorarnos la orquesta una fantasía tan larga como ridícula, resulta que aparece una señora, por regla general, fea de suyo y con más ropa encima que lleva Echegaray en las más crudas veladas del invierno.

Y á eso, la verdad, no hay derecho; porque es lo mismo que si después de estar hora y media sirviéndole á uno aperitivos fuertes, cuando tuviese el apetito abierto de par en par, viniese el camarero á servirle una ración de espárragos, por todo alimento.

Quizá esto sea una evolución natural dentro del género, y como consecuencia de anteriores escenas, venga esta pudorosa reacción en el arte plástico coreográfico.

La anterior fué la racha de los desnudos simbólicos. Hemos gozado una temporadita bastante larga de danzas de Salomé, con ó sin cabeza cortada.

Cualquier «furbia» desaprensiva adquiría un aparatito de proyecciones, metro y medio de alfombra en buen uso, una cabeza de cartón representando á un pobre señor con las barbas muy largas y muy enmarañadas, una guirnalda de flores de trapo, tres varas de tul y una *particella* fantástica, «original» de cualquier Wagner de la rue de Cabestros, y con estos elementos y un taparrabos todo lo más corto posible, ya tenían ustedes una *danseuse* dispuesta á hacer toda clase de locuras con la cabeza del señor de las melenas; y vengan contorsiones y arrobamientos, y cogérjala, y acariciarla, y sobarla, y sacudirla hasta desfallecer, tendida en éxtasis lúbrico sobre el metro y medio de alfombra en buen uso. Caía entonces lentamente el telón, y los emocionados espectadores rugían y bramaban ovacionando á la agitada danzarina, en tanto que en un rincón del tablado yacía, lívida y maltrecha, la manoseada cabeza...

Pero ahora pasó la danza de Salomé como antes desapareció la de los apaches y primitivamente la del vientre, y nos hallamos en el período de la ñoñez y de la insuficiencia. Y eso que estamos en primavera! ¿Qué quieren, pues, esos ¡¡jóvenes!! de la moral lisa que por la mañana mitinean contra una pornografía imaginaria y por la noche piden á voz en cuello que les bailen la «rumba» completamente al natural como si pidiesen en Fornos un bisté de solomillo?

Sean francos y digan, como yo, que desean que vuelva la danza de Salomé con ó sin cabeza yacente.

Un pequeño reporter.

LAS ZAPATILLAS



A tantas veces desnudada Manolita Pérez y Marcelo López despertaron poco antes de almorzar. Marcelo es el último «capricho» de la exquisita: ella le compra tabaco, le regala corbatas y calcetines bordados, y no le deja salir á la calle sin llevar en los

y apareció una criadita, con la cara de drama.
—Señorita... el señor! Le he visto desde el balcón; ahora estará subiendo la escalera.

Al eco de estas palabras amenazadoras, Marcelo saltó del lecho con una agilidad de acróbata y comenzó á vestirse.

El timbre de la escalera vibró.

—¿Te ha visto el señor?—preguntó Manolita á la sirvienta.

—No.

—En tal caso, escóndete en tu cuarto y no salgas por mucho que repique. Yo le abriré.

La camarera desapareció sonriendo.

Marcelo, entretanto, iba poniéndose vertiginosamente en condiciones de poder escapar: las ligas quedaron abrochadas como por ensalmo; luego se puso el pantalón; la camisa y el chaleco después; el lazo de la corbata quedó anudado en un santiamén. El timbre volvió á sonar con clamoreo prolongado, duro, impaciente. Manolita murmuraba:

—Anda, anda, corre...



—Cuidado, señorita, que estoy aquí yo, y soy de la Liga.

—¿De cuál de ellas?

bolsillos del chaleco cinco ó seis pesetas.

La mañana á que me refiero, Manolita Pérez, medio incorporada en el lecho, observaba con incansable arrobamiento á Marcelo, cuyos párpados fatigados tornaban á cerrarse bajo la dulce presión del sueño. La joven repetía:

—Anda, bigardón, arriba; son las doce...

Y, suavemente, le besaba los labios, hundiendo sus manecitas juguetonas y blancas en la cabellera del mozo; una cabellera negra, crespa, brillante... ¡Ay! Como la mfa, hace treinta años...

De súbito se abrió la puerta del gabinete



—Chica, es precioso el ajustador; pero te entra demasiado justo.

—Sí; pero me ha dicho mi primo, el joyero, que si se lo doy esta noche, en un par de horas me lo ensancha hasta que me entre sin hacerme daño.

El galán, ya completamente vestido, iba y venía por la habitación desesperado, registrando debajo de la cama, detrás de los muebles.

—¿Dónde diablos están mis botas? repetía.

Ella repuso:

—Vete descalzo.

—¿Cómo? ¡Eso es imposible!

Manolita, fuera de sí, cogió unas zapatillas «del otro», unas preciosas zapatillas co-



—¡Anda de ahí! ¡Eres un v'ejo chochol

—¡Y tu eres al revés precisamente!

lor salmón primorosamente bordadas, y se las ofreció á Marcelo.

—Toma —dijo— y despacha. Cuando aparezcan tus botas, te las enviaré. ¡Huyel

El timbre volvía á sonar exasperado, amenazador. Marcelo aceptó las zapatillas.

—¿Por donde me voy?—preguntó.

—Por la escalerilla de servicio. Abrevia...

Y se despidieron, casi sin besarse. Momentos después, Manolita Pérez, dando á su lindo rostro la expresión soñolienta de quien acaba de despertar, salió á recibir á don Policarpo, su amante «oficial» ó, como si dijésemos, el «socio capitalista» que pagaba el tabaco que Marcelo se fumaba dulcemente.

Don Policarpo venía de pésimo humor: era un corambobis coloradote, apoplético, que respiraba bulliciosamente.

—¿C ómo tardaste tanto en abrir?—preguntó.

—Porque estaba dormida. Se conoce que la muchacha ha salido...

Cerraba los ojos, «demostrando tener mucho sueño. Don Policarpo exclamó:

—¿Y mis zapatillas?

—No lo sé; por ahí estarán.

—Voy á ponérmelas; estas malditas botas son nuevas y me aprietan horriblemente; apenas puedo andar.

Comenzó á rebuscar las zapatillas por todas partes, tropezando con los muebles, maldiciendo de esa fatalidad que parece complacerse en extraviar las cosas cuando justamente necesitamos de ellas. Don Policarpo acabó por enfurecerse.

—¡Nada —rugió— se han perdido! Aquí todo se pierde; esta casa es un caos. ¡Qué lástima de zapatillas! ¡Tan bonitas que son!...

Al día siguiente por la tarde, Marcelo, que no tenía más botas que las olvidadas en el dormitorio de Manolita, tuvo que salir á la calle con las zapatillas de don Policarpo; y aquella prenda pintoresca, contrastando fuertemente con la gravedad señorial de su traje negro, hacía que todos los transeuntes le mirasen á los pies.

Y pasó don Policarpo y, al fijarse en Marcelo, á quien conocía de vista... ¡reconoció sus zapatillas!

¡Pobre Manuela! Hace ocho días que sus relaciones con don Policarpo concluyeron. Ahora vive con Marcelo. Pero como éste no juegue á la lotería y acierte con el premio gordo, ó se haga torero ó aviador, la pobre-cita va á pasarlo muy mal.

Fernando Amado

VADE RETRO!

Viven enfrente de un cura las hermanas Gloria y Paz, dos modelos de hermosura por su arrogante figura y su encantadora faz.

Casi todas las mañanas, al levantar las persianas, si está el cura en el balcón, buscan su conversación las desenvueltas hermanas:

y el cura, por no pecar, siempre que se va á acostar, castigando su memoria, dice después de cenar:

—¡Aquí paz, y después gloria!

Manuel Lassa.

¡PRIMAVERA!...

EN LA CALLE



OVEN, ¿quiere usted hacer el favor de escucharme dos palabritas?

—Y tres... y hasta cuatro. ¿Por qué no? Usted dirá.

—Yo diré que es usted la mar de bonita y la mar de simpática.

—¡La mar de gracias... ¿Y qué más?

—P. r ahora, nada más; pero si me permiti-

—Yo no sé mandar, mi reina; á lo sumo, suplicar... rogar...

—Veo que es usted muy galante... y muy gatera...

—Bueno, así será; pero vámonos de aquí, que estamos llamando la atención.

—Vamos...

—Vámonos ó vengámonos... que todo llegará.

EN COCHE

—Oye, niño: ¿sabes una cosa?

—Sé muchas. Lo que no sé es tu nombre.

—A eso iba. Me llamo Victoria, ¿y tú?

—Para ti, Pepe; para mi madre, Pepito; para los extraños, José, y para mis amigos... (Aquí una frase corta, pero significativa, deslizada al oído de la joven).

—¡Ya!... ¡Ya!... Tiene gracia el apodo.

—¡Que si tiene! No lo sabes tú bien. Esta noche me lo dirás con conocimiento de causa.

—Siento que no sea ahora mismo.

—Nada de impacencias; antes es preciso cenar. Yo estoy desmayado.

—También yo voy teniendo apetito, y procuraré crear fuerzas por si resulta cierto el apodito.

—¿Es que lo dudas? Al tiempo. (Al cochero.) Arrea, que á este paso no vamos á llegar nunca. Ya lo sabes: á la Bombilla, á casa de Juan...

CENANDO

PEPE.—Chiquilla, ¿qué haces? ¿Vas á vaciar el tarro de mostaza en mi plato?

—Fíjate bien, hombre; si me acaba de picar en la espalda.

—Pues nada, ¡que no te la encuentro!

—¡Es extraño! Lo mismo me pasó anoche con la tuya.

te usted que le sirva de criado esta noche, acabaré de pronunciar mi pequeño discurso.

—Con esa condición, acepto su ofrecimiento.

—¡Adorab'el! ¿Va usted muy lejos?

—O muy cerca, como usted gaste.

—¡Viva la mamá de Cupido! ¿Aún no he empezado á ejercer mi oficio de criado, y ya me autoriza á que disponga como amo?

—Ni más ni menos. Usted manda.



Ella.—Yo quiero que me hagas dos retratos, uno grande y otro chico.

El.—Con esta no puedo hacerlos grandes; pero chicos te haré todos los que quieras.

VICTORIA.—Dispensa; se me fué la mano.
P.—Di mejor: «se me fué la intención».
¡Inocente! Bien se ve que no sabes con quién
tratas.

V.—Por las señas, con un fantasioso que
promete hacer y acontecer, y luego...

P.—Luego, ¿qué? Acaba de decirlo; que
no cumple su promesa, ¿verdad?

V.—Algo de eso.

P.—Oye, Victoria; te apuesto un beso mío,
contra un mordisco tuyo, á que tu nombre
queda esta noche á la altura de un pazo
negro.

V.—¡Anda, vete á tu pueblo! Victoria me
llamo, y victoria cantaré mañana.

P.—Pues yo, José, y sostengo lo contrario.
¿Va la apuesta?

V.—Va; pero te prevengo que el mordisco
será fuerte y en sitio donde te lo puedan ver
tus amigos.

P.—No ha de llegar ese caso. Estoy seguro.

SEIS HORAS DESPUES

P. (despertando y mirando al reloj.)—¡Las
doce!



Demetrio

—¡Señorita, señorita! ¡Un ratón!

—¡Ay, por Dios! ¡Que no se me cuele!

V. (que estaba medio despierta.)—¿Te pa
rece tarde?

P.—Sí.

V.—A mí, no.

P.—Las mujeres quisiérais algunas veces
que no anduviese el sol.

V.—Conque ¿vendrás esta noche?

P.—No, mi alma: vendré mañana... y gra-
cias. Necesito un día de reposo por lo me-
nos.

V.—¿Y así ganas tú las apuestas?

P.—Si no la gané, tampoco la he perdido.
¿Qué contestas á eso?

V.—Que tampoco la he perdido yo.

P.—Verdad, chiquilla; eres una heroína.
Casi me doy por vencido.

V.—Olé los corazones nobles que recon-
ocen sus derrotas! Nada más que por esa fran-
queza te perdono el mordisco y te beso. Toma...

Clemente de Castro

EL PRECIO DE UNA MUJER

MIENTRAS en los países civilizados,
«medianamente civilizados», los
padres de familia sacrifican hasta
el último céntimo para conseguir
un marido á sus hijas, en pueblos
menos cultos consideran á sus mu-
jeres como una mercancía cuya venta puede
sacar de un apuro en ciertas ocasiones.

En el Ouganda puede adquirirse una es-
posa por cuatro toros: un viajero inglés, lord
Hantayad, dice que por un par de zapatos ad-
quirió, una buena moza, capaz de darle una
numerosa progenie, á poco que el inglés se
hubiera entusiasmado en el ejercicio de sus
derechos conyugales.

Una mujer cafre vale, según la posición
social de su familia, de dos á diez vacas.

Entre los huishurris hay mujeres al alcan-
ce de todas las fortunas. Según un autor de-
liciosamente anfibológico, «se puede tener
muchas veces una mujer por un cochino».

Un padre de Samoyeda no vende á su hija
por menos de una docena de bueyes; y vayan
ustedes fijándose en el importante papel que
juegan los cornúpetos en estos asuntos ma-
trimoniales.

En el Nuevo Méjico la mujer vale por lo
menos un caballo.

¡Y pensar que en nuestra Europa hay hom-
bres que se arruinan por lo que en Cafrería
está al alcance del último desheredado!

¡Es para tomar fósforos...

NUESTRAS COCOTAS

CONCHITA ORTIZ



QUIÉN no conoce á Conchita Ortiz? ¿Quién no ha visto alguna vez en las cajas de fósforos ó en las colecciones de postales alguna fotografía de la tantas veces desnudada Conchita Ortiz?... Tiene los ojos negros, grandes y bonitos; la boquina chiquirritita; los dientes blancos... Es una monería de mujer, en suma.

Ella no quiere recordar y contar cómo cayó. Hay en ello una historia muy negra, muy negra, que la apena, y tal vez la avergüenza un poco...

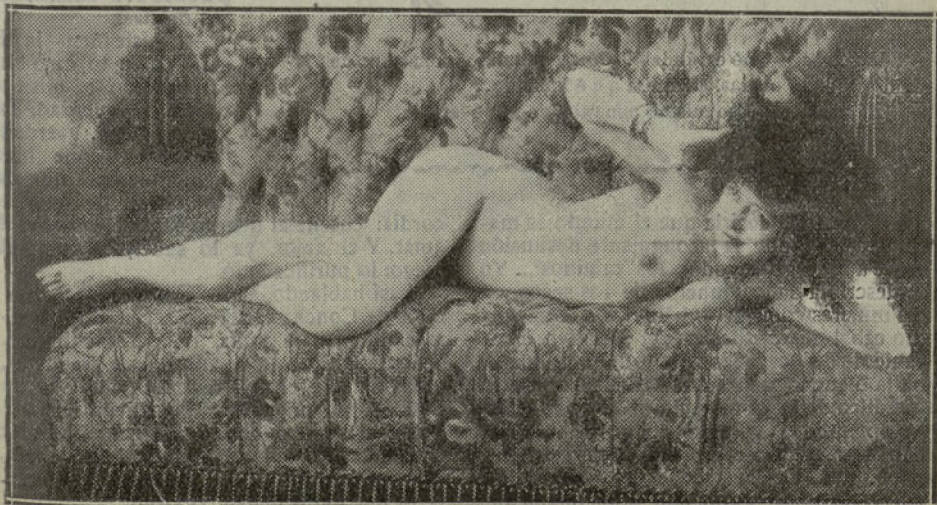
—Pero como negarme á contarte alguna cosa equivaldría á negarte mi retrato y mi autorización para que se publique, y eso no, voy á referirte algo curioso, mucho, mucho... Hago como ciertas artistas cuando tú las pides que hablen de sus amores y no pueden hacerlo por que ellos son muy escabrosos y están casadas ya. Para no negártelo todo, te cuentan otra cosa. Pues así yo.

Escuchando á Conchita atentamente, la dejo decir. ¡Es tan suave y tan grata su voz! Si en España las mujeres tuvieran acceso en la Polítca, y Conchita se hubiera dedicado á predicar, habría realizado una gran carrera. Pero...

Ella sigue charlando sin prestar atención á mis consideraciones.

—Pues, veris. Allá por mi santo, en el mes de Diciembre, me vino á visitar un día un caballero anciano, calvo y cano. Tenía una barba blanca larga y muy cuidada, y su palabra y sus maneras respondían á la idea que se tiene en general de los apóstoles. Me saludó muy digno y en seguida me dijo poco más ó menos:

—Señorita, yo soy viudo y tengo un hijo de diecinueve años, cuyo porvenir constituye mi alegría única. Por él vengo aquí, porque estoy cierto de que usted sabrá influir decisivamente y grabar bondad y bienhechora impresión en el espíritu de ese niño. Mi hijo cegó antes de cumplir seis años; los médicos que le asistieron aseguraron que sanaría de este mal cuando llegase á la pubertad y merced á una operación sencilla. La niñez de mi pobre Fernando ha sido bien triste: se ha criado enfermizo, sin amigos, abismado en la melancolía inmensa de la noche que su imaginación trocaba en pintoresco retablo. Yo le enseñé la geografía, la historia, la ciencias naturales; su pobre alma se nutría de mí, asimilándose ávidamente cuanto yo le decía; yo le dí la vida del cuerpo y la del pensamiento; es dos veces hijo mío. A los quince años, Fernando



CONCHITA ORTIZ (fot. Enrique.)

comenzó á inquietarse; sus tristezas aumentaron; la voz del sexo balbuceaba en él. Muchas veces me decía:

«¿Qué es amor, papá?»

O bien:

«¿Cómo son las mujeres y en qué consiste la belleza?»

Teniendo presente lo que los médicos me habían dicho, yo satisfacía sus curiosidades explicándole los misterios seductores de aquel mundo, donde, según la ciencia, no tardaría en entrar mi hijo con los ojos abier-



La dama.—¡Qué escándalo! Cómo van las muchachas de Madrid con estas modas. Mira esa que á lamida...

El caballero.—Eso mismo pensaba yo, ¡qué lamida!

tos. ¿Para qué decirle que el mundo es malo y triste, y que la acongojante desilusión crece á lo largo de todos los caminos?... Yo le describía la conjunción de los sexos y á las mujeres como seres bellísimos, compendio cabal de toda perfección y motivo incesante de desbordados apetitos. Yo ponderaba la blancura de vuestra carne; el misterio hierático de vuestros grandes ojos perplejos; la esplendidez, negra ó rubia, de vuestros cabellos... y otros pormenores y excelencias á los que la tacaña acuidad del tacto no llega. Oyéndome, Fernando, indistintamente, lloraba ó reía.»

Hizo una pausa mi visitante, y yo, inquie-

ta, sin saber á dónde le llevaba aquella historia, no me atreví á hablar. Pasado un momento, continuó:

«—Pues bien; mi hijo, impaciente, quiere conocer y gozar de todo eso. Yo, viéndole ciego, desgraciado, triste... le voy á complacer proporcionándole. Yo, Conchita, necesito que usted sea la primera mujer que conozca Fernando; usted es la mujer, todo alegría, locura y belleza, que tantas veces le he pintado; y los labios de usted, susurrando en su oído cariñosas palabras, llenarán de

sano júbilo su alma inocente. ¿Quiere usted ayudarme? Mi hijo es guapo como un Byron adolescente; yo soy rico. ¿Acepta usted?»

¿Qué había yo de hacer? ¿Qué habrías hecho tú en mi caso? Acepté. Y es superior á mis fuerzas, y quiero por eso que lo supongas el relato de aquella escena, en que hice «ver» al ciego lo que no habla «visto».

.....
La cara de Conchita cuando cesa de hablar es otra. Está contraída, pálida... ¡qué sé yo! Sus ojos tienen un brillo especial y parecen dispuestos á abandonar sus órbitas.

—Hiciste bien—la digo.—Yo en tu caso hubiera hecho lo mismo.

—Sí, sí, ¿verdad? Tú me aplaudes, ¿verdad? ¡Ya lo creo que hice bien! Practiqué una de las obras de miseri-

cordia: enseñé al que no sabía, le enseñé á amar. Y el amor, ya lo sabes, es como el fuego: lo purifica todo.

Y así hablando, en los ojos grandes y bonitos de Concha Ortiz aparecen dos lágrimas que ella, la tonta, trata de ocultarme.

¡Qué bonito, qué hermoso, qué grande es, efectivamente, el acto realizado por Concha Ortiz! A mi amigo Salvador Rueda le haría llorar; al revolucionario Eugenio Noel, le emocionaría; á Luisa Sanz, cocota amiga mía, muy sentimental, la habría hecho retirarse. ¡Y es que todos tienen corazón!...

Félix Recio.

LA MUJER DE PUTIFAR



El nuevo secretario de don Hermógenes Pérez y López, miembro de varias Sociedades científicas, autor eminente de un *Tratado sobre la educación de la pulga*, entró una mañana, hace pocos días, en el despacho de su amo, dispuesto á empezar sus tareas, y no había hecho el hombre más que coger la pluma y abrir un libro, cuando se abrió la puerta y apareció una señora en traje de casa... muy de confianza.

El secretario, persona muy correcta y algo tímida, se puso en pie con visible turbación,

—Puede usted sentarse y continuar sus tareas—dijo la señora, que era joven y bellísima, con un acento tan cariñoso como sugestivo.

—Con su permiso—replicó el secretario, y sentándose de nuevo, empezó á trabajar.

La dama anduvo lentamente por el despacho, miró á la calle, se arregló con deliciosa indolencia el cabello y acabó por reclinarse en un diván y lanzar un suspiro misterioso. Todos los suspiros de las mujeres tienen su misterio.

El secretario la contemplaba por encima del libro, sin decidirse á escribir, turbado por la hermosura de la dama, cuyas turgencias, curvas y redondeces acusaba con demasiada claridad la bata que llevaba puesta: pero aquella aparición debía ser sagrada para él; así á lo menos se lo decía el hombre interiormente para animarse á cumplir con su deber, y al cabo se enfrascó en su trabajo.



LA BODA DE «LOS YERAR»

Duetistas muy simpáticos, que acaban de casarse, pasando por los trámites que manda Dios... y cobra el cura.

(Fot. Enrique.)

Chirriaba la pluma sobre el papel sin preocuparse de lo que á su alrededor había, cuando la dama se levantó del diván, acercóse á la mesa, puso sobre ella ambos codos y envolvió al secretario en el efluvio encantador que de toda su persona emanaba.

—¿Tiene usted muchas ganas de trabajar? —preguntó sonriendo.

—Así, así... pero me ha dicho don Hermógenes que corre esto mucha prisa... respondió el joven sintiendo que la pluma se le escapaba de los dedos.

—¿Y qué es eso?

—Unos apuntes sobre los aborígenes del grillo.

—Sí que debe ser interesante.

Y se quedó mirando al secretario como si quisiera confiarle alguna cuita íntima; pero el otro sostuvo la mirada con una serenidad admirable y la dama bajó los ojos murmurando:

—Trabaje, trabaje; por lo menos no se aburrirá. ¡Si supiera usted cuánto le envidio!

El secretario abandonó definitivamente la pluma. Las últimas frases de la dama le habían revelado la existencia de un drama conyugal. ¿Sería don Hermógenes una especie de tirano de Siracusa bajo la forma de un sabio pacífico?

—Sí, señor; le envidio porque debe disfrutar de la vida, porque puede esperar y conseguirlo todo, mientras que yo no consigo nada de lo que apetezco.

—¿Es mucho lo que apetece usted?—aventuróse á preguntar el secretario.

—No, señor... es una cosa regular que se halla al alcance de todas las criaturas, menos al mío.

Y al decir esto, suspiró la dama otra vez y se reclinó en el diván con una melancólica actitud de cantante de ópera.

—¿Sabe usted lo que apetezco?... Pues amor.

El secretario se rascó la cabeza. Indudablemente, era mejor entenderse con los grillos que con aquella mujer tan enigmática como seductora.

—¡Ah! ¿De modo que no la aman á usted?—preguntó después de un minuto de silencio.

—Sí, señor; pero no es el amor de los que se aman el que necesito, sino otro.

—¿Cómo otro?—volvió á preguntar el se-

cretario cada vez más estupefacto y temeroso.

—Otro, el que me pide mi alma y mi cuerpo, el que tengo derecho á disfrutar—exclamó ella envolviéndole en una mirada comprometora.

El secretario empezaba á sudar. Aquello era demasiado; su honradez se encontraba á disgusto en semejante ambiente. De pronto se levantó la dama, acercóse á él y le puso una mano en el hombro.

—Y tan fácil como sería comprenderme!—murmuró con una voz dulcísima.

—Pero... ¿y don Hermógenes?

—La vejez y la juventud pueden vivir juntas, pero no se comprenden jamás.

La mano continuaba sobre el hombro y el secretario sentíase desfallecer, bajo su enamorada presión, mientras los ojos de la dama, empapados en un fuego voluptuoso, parecían prometerle algo que el pobre hombre no acertaba á definir.

—¿Conoce usted la historia de la mujer de Putifar y el casto José?—preguntó ella rompiendo á reír.

—Sí; he visto *La corte de Faraón* en Es-lava.

—Pues cualquiera diría que la estábamos representando usted y yo.

El secretario se puso rojo. La tentación le envolvía, y sin atreverse á levantar los ojos del suelo, sentía en toda su persona la influencia enervadora de una mirada superior á toda su hidalguía. Sin embargo, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo:

—Tratándose de la esposa de don Hermógenes, mi rectitud me prohíbe representar historia ninguna.

—Es que yo no soy esposa suya, sino...

Y sin acabar la frase, rodeó el cuello del joven con sus brazos y le arrastró hacia el diván mientras el secretario dándose por fin cuenta de su misión en aquellos instantes, contestaba lleno de amor:

—Me alegro, hermosa mía. Siempre me repugnaron las imitaciones. Puesto que no es usted la esposa de Putifar, resulta necio que yo quiera imitar la castidad de José. Anda, vuélvete...

Jacinto Carmin

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

* REVISTA FESTIVA *

APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:
HUERTAS, 43, PRIMERO

Apartado de Correos número 547.
MADRID